

MANUEL PEITEADO

EL GUARDÉS SILENTE

EL LIBRERO DE TOLEDO II



EL GUARDÉS SILENTE

EL Librero de Toledo II

EL GUARDÉS SILENTE

Manuel Peiteado, manchego de nacimiento (Puerto-llano), gallego de sangre y corazón y alicantino por convicción. Formado académicamente en las Universidades Labo-
rales de Córdoba y Huesca.

En su primera novela, *El Librero de Toledo*, nos sorprendió por su audacia y poderosa imaginación.

El Guardes Silente, es la segunda parte de la trilogía EL LIBRERO DE TOLEDO, encuadrada en el género de novela negra y de suspense, con tintes históricos bien desarrollada.

Es una obra con fuerza, escrita sin artificios, con un estilo directo, ameno y minucioso y de fácil lectura. Unos ingredientes estupendos que, junto con unos diálogos bien planteados y un vocabulario exquisito, hace que sea una propuesta convincente.

MANUEL PEITEADO

EL GUARDÉS SILENTE

EL Librero de Toledo II

Título de la serie: El Librero de Toledo
Título: El Guardés Silente
Autor: Manuel Peiteado

Primera edición: julio 2016

Copyright © 2016 Manuel Santiago Peiteado
<http://www.ellibrerodetoledo.com>
mpeiteados@hotmail.com
Facebook: Manuel S. Peiteado

Edición: Amazon
Maquetación: Bio Big Data
<http://www.biobigdata.es>
Fotografía de portada: © Gloria María González Fotografía contraportada: © Lisardo Gómez
Diseño de la portada: © Valeriya Ostreninova

ISBN: 978-1535118491

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de su autor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

ADVERTENCIA ACOSTUMBRADA

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, en lugares reales, aunque modificados al antojo e invención del autor. Por tanto, los hechos narrados carecen de rigor histórico rayando la frontera entre lo real y la ficción, siendo producto de la imaginación o recreación del escritor y no debe inducir al lector a adjudicar acciones o palabras concretas a ninguna persona real del pasado o presente.

AGRADECIMIENTOS

A Rosa, mi madre.

A mis tres hijos: Óscar, Ramón y Alberto por los que cada día navego por los angostos mares de la vida cotidiana, para que no dejen de iluminarme con su amor, y a Isabel, mi esposa, faro que mantiene viva la luz que nos guía.

A Cristóbal Encinas y Manuel Amaro; su ayuda y reprimendas gramaticales han resultado vitales para que se pueda entender lo que con tanto esfuerzo escribí.

A mis musas y hadas que tanto de día como de noche no han dejado de inspirarme, sin ellas este sueño nunca se hubiera realizado.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

SALVATORE ASPARTANA

*“Al-
gunas co-
sas del
pasado
desapare-
cieron,
pero otras
abren una
brecha al
futuro y
son las
que quie-
ro resca-
tar.”*

*Mario Be-
nedetti.*

Los inviernos en Castilla son tristes y fríos. A través de la ventana observo el páramo yermo, la escarcha se apodera de toda forma de vida. El vaho desdibuja la visión transparente del cristal, escribo su nombre mientras suspiro por volver a verla. La magia del amor hace que esos garabatos parezcan corazones de verdad.

Han pasado cinco años desde que Iñaki murió y los mismos que apareció, salido del mismísimo Infierno, aquel que hizo de mí un psicópata despiadado sin alma, un ser despreciable para la sociedad, la misma que me confina en un centro para su seguridad. Esa fue la herencia que recibí de mi padre.

Durante estos años he permanecido encerrado en una jaula, con la puerta abierta permanentemente, y no ha pasado un solo día que no hayamos hablado. Lamiéndole recuerdos al tiempo como si quisiéramos recuperar algo que ya no está y nunca volverá, tan solo la esperanza de aprovechar la oportunidad que el momento te ofrece y aferrarnos el uno al otro, tratando de comprendernos y, en ese entendimiento, encontrar el perdón.

Hace tiempo que perdoné su cruel forma de protegerme. Lo hizo por nuestro bien, dice él. Permitió que mamá Vega se casara con otro hombre, con su enemigo al principio, mi protector siempre.

Mientras médicos, psiquiatras y familia ponían todo su saber cariño en recuperarme, España cambiaba. La muerte del Dictador trajo una transformación impensable para aquellos que durante cuarenta años tuvieron el poder económico y social. Para otros, la larga noche que llenó de oscuridad a muchos hogares, se marchaba lentamente, y traía un nuevo día cargado de luz y esperanza. Por fin tendremos una democracia, oía por los pasillos y salas del psiquiátrico. Otros, los más avanzados culturalmente, se atrevían a decir que sería necesaria una amnistía.

Todos acertaron en sus sueños. Llegó la ansiada democracia y con ella, en 1.977, una amnistía para todos aquellos que pudieran tener cuentas pendientes por la Guerra Civil. Fueron muchos los que volvieron del exilio. Mi padre fue uno de los que arregló sus posibles cuentas pendientes. Argumentó que se exilió por motivos de seguridad, pues entendía que su vida corría serio y grave peligro.

Mamá Vega nunca llegó a olvidarlo, en su corazón siempre albergó la idea de que no hubiera muerto. Ahora viven juntos en Madrid. Respecto del famoso botín incautado y custodiado por él, durante años lo empleó en favorecer la vida de viudas y familias destrozadas por la posguerra. Junto a otros fundó el hospital psiquiátrico donde me tienen recluido.

Berto vive con Manuela. Juntos regentan la empresa que dejó don Giovanni. Isabella acabó su licenciatura y, a la primera, aprobó la oposición a la Judicatura.

Una de las decisiones más dolorosas fue cerrar la librería. Alguna vez volví a refugiarme entre los cientos de libros que allí quedaron. Me negué a que se devolvieran a las editoriales o se vendieran, siempre lo hice bajo la atenta mirada de mi padre y del gerente del psiquiátrico.

El comisario Trebujillo se jubiló, no sin antes requerirme, en repetidas ocasiones, para un interrogatorio sobre la muerte del violador del Circo Romano y de don Eufemiano, al que rebauticé como *"Cara lápiz"*.

María. María siempre ha estado en mi corazón, conmigo en lo bueno y en lo malo. Durante este periodo he aprendido que cuando sabes que una persona te hace bien y te guía, no debes apartarla de tu vida. Eso fue lo que hice con María. Una de las condiciones que puse a mi padre era que la contrataran, necesitaba verla, tocarla, amarla sin tiempo y sin medida. Probablemente sin su presencia, el estado en el que me encuentro en estos momentos, nunca se hubiera dado. Bajo su responsabilidad pasamos juntos unos días en la finca de Villamanta e hicimos alguna que otra excursión que no viene a cuento relatar por intrascendente.

En estos momentos estoy pendiente de ser indultado por el Rey. Los informes presentados por el servicio de psiquiatría dicen que estoy recuperado, que puedo hacer una vida normal bajo control médico, creen que el tenerme retenido solo podrá perjudicarme. Argumentan mis abogados que la noche que asesiné a don Ignacio Aguirre Arteta lo hice bajo los efectos del alcohol y las drogas, su consumo en alta dosis me provocó un estado de enajenación mental transitorio.

Mientras llega la hora de la charla diaria con mi padre, casi siempre en su despacho, recostado sobre el catre de mi celda dormitorio, vuelvo la vista atrás a aquella tarde, la última de las que me reuní con el gerente del psiquiátrico, el doctor Otaola Salupe. Recuerdo que todo fue muy rápido, la aparición de aquel que dijo ser mi padre me sumió en un estado de shock.

Cuando desperté, me contaron que tuvieron que sedarme. Allí estaba él, mirándome con ternura. Intenté levantarme. No pude, me tenían inmovilizado. Unas correas de cuero abrazaban mis manos, cuerpo y piernas a la cama. Quise arrancarle el corazón a dentelladas. Permaneció quieto, sus ojos, aquellos ojos que tantas veces había visto y confundido con los del Hijo de Dios, se encharcaron; tomó mis manos y me pidió que me sosegara. Entró una enfermera de aspecto rudo y poco femenino, las mangas de su uniforme, color azul mar, remangadas al igual que las de los segadores cuando han terminado la labor del corte de las mieses, con una jeringa en la mano dispuesta a inyectar un líquido mortecino dentro de mi cuerpo y convertirme en un ser inerte. Mi padre la miró y ella entendió que no hacía falta su presencia allí.

No ha pasado ni un solo día que no haya estado junto a mí. Ahora siento hacia él una gran admiración y respeto. Pero antes de esto tuvo que contarme muchas cosas. Pasó tiempo hasta que conseguimos mantener una conversación sin insultos y sin intentos de agresión por mi parte. Los primeros días me tenían como un zombi, fue la presencia de María la que ayudó en mi recuperación.

Me contó cómo nació la idea de crear La Hermandad y los principios en los que se basaron. De todo esto, tercié, ya tenía yo suficiente información pues a mis manos, a través de mamá Vega, llegaron las actas de su fundación. Lo que no sabía era que esas actas las hizo llegar él. Al principio, ante los datos que me aportaba cada palabra que de-

cía, provocaba en mí la dicotomía entre admirarlo o despreciarlo.

— ¿Cómo pudiste ser tan cruel y fingir tu muerte? Me privaste de un derecho, marcaste mi vida y ahora vienes contándome historias para salvar tu conciencia.

Así dimos comienzo al inicio de su historia en un día cualquiera de un mes cualquiera, sin trascendencia especial para mí.

—Doménico, te lo contaré para que sepas por qué lo hice. No espero tu perdón, si acaso que entiendas que eran tiempos difíciles y que, después de pensarlo mucho, decidí hacerlo. Era cuestión de dejarte huérfano a los ojos de los demás o esperar a ver cómo, un día cualquiera, tanto tú como tu madre aparecíais muertos.

En una ocasión vinieron de madrugada a advertirme, tú eras muy pequeño. Desde ese instante sabía que, o les daba lo que querían o me lo arrancarían. Esa fue la causa que me empujó a la bebida.

—Querían el botín que robasteis, ¿por qué no se lo diste?

—En primer lugar, no robé nada. Yo era el responsable del grupo. No se conformarían con que les entregara la mercancía; querían mi silencio y la mejor forma era acabar conmigo. Una noche me acecharon dos de ellos, yo fui más rápido. Tuve que pensar deprisa. A uno de ellos le puse mi ropa y dejé mi documentación. Luego me escondí. Asistí a mi propio entierro. Tus lágrimas hacían jirones mi corazón. Nunca os abandoné, siempre estuve a vuestro lado, en la sombra.

Así inició su historia por si quisiera perdonarlo. Mientras hablaba, yo apenas le miraba y cuando lo hacía siempre tenía su mirada fija en mí. No estaba abatido, se mostraba firme y, como siempre, me decía que no estaba arrepentido,

—Si volviera el tiempo atrás y las circunstancias fuesen las mismas, volvería a hacer todo lo que hice, estoy seguro

de que hoy estamos juntos por aquella dolorosa decisión.

De tanto repetirla, llegué a creer que fue una sabia determinación, al mismo tiempo que injusta. El dolor permanecía en lo más profundo de mi ser, resignado a abandonar mi cuerpo. Más de mil veces soñé, imaginé cómo hubiera sido mi infancia con él. Ahora ya no había lugar para seguir llorando como una plañidera, o lo perdonaba, o toda la vida me arrepentiría de no vivir la segunda oportunidad que me concedía Dios.

A mamá Vega le costó menos perdonarlo. Entonces entendí que el amor de los enamorados es ciego, no atiende a las razones de la vida sino a las del corazón. Ella también tenía un pase especial para verme cuando quisiera. Jamás me pidió que lo perdonara, sí me expresó que ella lo amaba desde siempre y que ahora entendía el porqué de su cambio. Mi padre, Salvatore, me contó que la insultó y que algún golpe le dio para que le odiara y así, en su fingida muerte, no tratara de averiguar nada. Es cierto que la historia se la dieron hecha, pues él pensaba desaparecer, pero aquellos hombres con su ataque sin testigos, con nocturnidad, se lo pusieron más fácil. En su idea contó, desde el inicio, con la connivencia de sus hermanos y de su gran amigo Giovanni. No así sus padres, mis abuelos, a los que también mintió y permitió llorar su pérdida.

Tardé mucho tiempo en asumir la situación mental en la que me encontraba. Con el paso de los días me fueron bajando las dosis prescritas, mi estado de ánimo mejoraba, la actitud depresiva dejaba hueco a las risas y a las miradas de complicidad con mi madre. Ella jamás me reprochó nada, tampoco me mimó. Su mirada era una amalgama de sentimientos y sensibilidades que solo yo captaba. En aquellos momentos que no tenía visitas o charlas, ocupaba el tiempo en leer y en recuperar mi estado físico, ahora, si cabe, mucho más atlético ya que eran más las horas que le dedicaba.

Las enfermeras y celadores comenzaban a formar parte de mi vida diaria, convirtiéndolos en mi nueva familia. Desaparecieron de mi imaginación aquellos sueños en los que el Hijo de Dios me hablaba. Las noches que dormía solo, ya no acudían a hacerme compañía los fantasmas del pasado. Era consciente, y eso me consumía, de cuántas muertes llevaba a mis espaldas y del daño que causé a sus seres queridos.

En otro de nuestros encuentros me dijo que huyó a Italia a refugiarse en un lugar que solo era conocido por sus hermanos y don Giovanni. Allí permaneció unos años hasta que en España se olvidaron de él. Durante su ausencia, la gente de Giovanni se ocupaba de vigilarme y darme protección. Muy importante fue la intercesión del comandante Luis Alfonso. Cuando volvió a España, lo primero que hizo fue comprar una casa en la parte vieja de Toledo, <<la misma que te regalé>>, me dijo. Fueron muchos los días que allí pasó sin más visitas que las de don Giovanni; lo hacía cada semana para abastecerle de comida. Descubrió que tenía un túnel que comunicaba con otra casa en otra calle, así que la compraron también.

—¿Berto lo sabía? —interrumpí.

—No. Creímos conveniente que cuanto menos gente lo supiera mayor seguridad habría para vosotros y para mí. Es cierto que dio sobradas muestras de lealtad y que desde el principio asumió tu protección como algo personal, de esta forma, al estar convencido de mi muerte no habría dudas de que su vida estaría en deuda conmigo y, por extensión, contigo.

—Esto que me estás contando es pura fantasía, Berto y yo nos conocimos cuando cumplí dieciocho años y hasta entonces ¿quién cuidó de mí? —tercié.

—Por paradójico que parezca, mi presunta muerte provocó que aquellos que, aun siendo mis enemigos, sintieran la necesidad de expiar su culpa silenciosa dándoos protección; el más significativo para vosotros fue el comandante